



CEU  
*Biblioteca*

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

*Trabajo realizado por: CEU Biblioteca*

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



## GRUPO DE TRABAJO V

# William Shakespeare, *El mercader de Venecia*

### INTRODUCCIÓN

#### Contexto histórico y literario de la obra:

Durante el reinado en Inglaterra de Isabel I, se opera un renacimiento del teatro. Se construyeron en Londres los primeros teatros públicos y estables. Los teatros de esta época tenían grandes proporciones, veinticinco metros de diámetro exterior y unos diez de altura. Al fondo del escenario, dos puertas permitían la entrada y salida de los actores. En los teatros más evolucionados se situaba entre ellas un segundo espacio, de reducidas dimensiones, denominado escenario interior. Separado de la plataforma principal por una cortina, este ámbito servía para recrear ambientes específicos, como dormitorios o cuevas. Por medio de las trampillas distribuidas en el suelo del escenario principal se representaban diversos efectos que llenaban de vivacidad las representaciones dramáticas. En este contexto de renacimiento del teatro europeo, la figura teatral indiscutible en Inglaterra fue William Shakespeare.

Desde el punto de vista literario se distinguen en su obra cuatro etapas, perteneciente a la primera y marcando el comienzo de la segunda etapa de mayor creatividad, se enmarca la obra de *El Mercader de Venecia*. Es ésta una comedia en cinco actos, en verso y prosa, escrita entre 1594 ó 1596 y publicada en 1600. Los dos motivos principales del argumento, el del préstamo hecho por un judío a un cristiano por una

libra de carne, y el de una elección entre objetos de aparentemente distinto valor, son antiguos y recurrentes en las obras de teatro anteriores y del momento.

La historia narra el idilio entre Basanio y Porcia. La historia de amor queda atravesada por un préstamo de dinero de Antonio a su amigo Basanio, para que éste pueda afrontar el noviazgo con Porcia, una rica heredera cuya mano es disputada. Antonio sin poder disponer de todo su caudal en el momento en Basanio lo necesita, pide dinero a Shylock, un usurero judío a quien antes había insultado por la usura que ejercía. Shylock astutamente consiente en prestar el dinero bajo una condición: si la cantidad no es pagada el día fijado, tendrá derecho a tomarse una libra de carne del cuerpo de Antonio. Mientras Basanio corteja a Porcia, llega la noticia de que los navíos de Antonio han naufragado, que su deuda no ha sido pagada dentro del plazo convenido, y que Shylock pide su libra de carne. El asunto es llevado ante el Dux. Porcia se disfraza de abogado y se presentan ante el tribunal para defender a Antonio. Después de haber intentado en vano obtener el perdón del judío, ofreciéndole el triple de la cantidad debida, Porcia solicita que sea concedida la condición del préstamo. La fijación del contrato y la argumentación de Porcia, son escenas vívidas que han inspirado a numerosos actores en su representación. En su conjunto el drama figura entre los más famosos y afortunados de Shakespeare, sobre todo por el personaje de Shylock.

## OBJETIVOS

1. Desarrollar el razonamiento jurídico, en el ámbito privado (contrato) y en el público (juicio).
2. Conocer las bases de la argumentación jurídica.
3. Conocer y comprender el sistema jurídico occidental en una comparativa cronológica con la normativa civil vigente en España.

**Personajes:** Basanio y Antonio, Graciano, Lorenzo, Salerio, Salarino, Salanio, Porcia y Nerissa, Jéssica, Sylock, Túbal, Dux, Príncipe de Marruecos

## ACTO I.

### ESCENA PRIMERA

**La escena es parte en Venecia, parte en Belmonte, quinta de Portia, en el continente**

(...)

*Graciano.* Mala cara pones, Antonio. Mucho te apenan los cuidados del mundo. Caros te saldrán sus placeres, o no los gozarás nunca. Noto en ti cierto cambio desagradable.

*Antonio.* Graciano, el mundo me parece lo que es: un teatro, en que cada uno hace su papel. El mío es bien triste.

*Graciano.* El mío será el de gracioso. La risa y el placer disimularán las arrugas de mi cara. Abráseme el vino las entrañas, antes que el dolor y el llanto me hielen el corazón. ¿Por qué un hombre, que tiene sangre en las venas, ha de ser como una estatua de su abuelo en mármol? ¿Por qué dormir despiertos, y enfermar de capricho? Antonio, soy amigo tuyo. Escúchame. Te hablo como se habla a un amigo. Hombres hay en el mundo tan tétricos que sus rostros están siempre, como el agua del pantano, cubiertos de espuma blanca, y quieren con la gravedad y el silencio adquirir fama de doctos y prudentes, como quien dice: «Soy un oráculo. ¿Qué perro se atreverá a ladrar, cuando yo hablo?» Así conozco a muchos, Antonio, que tienen reputación de sabios por lo que se callan, y de seguro que si despegasen los labios, los mismos que hoy los ensalzan serían los primeros en llamarlos necios. Otra vez te diré más sobre este asunto. No te empeñes en conquistar por tan triste manera la fama que logran muchos tontos. Vámonos, Lorenzo. Adiós. Después de comer, acabaré el sermón.

*Lorenzo.* En la mesa nos veremos. Me toca el papel de sabio mudo, ya que Graciano no me deja hablar.

*Graciano.* Si sigues un año más conmigo, desconocerás hasta el eco de tu voz.

*Antonio.* Me haré charlatán, por complacerte.

*Graciano.* Harás bien. El silencio sólo es oportuno en lenguas en conserva, o en boca de una doncella casta e indomable. (Vanse *Graciano* y *Lorenzo*)

*Antonio* ¡Vaya una locura!

*Basanio.* No hay en toda Venecia quien hable más disparatadamente que *Graciano*. Apenas hay en toda su conversación dos granos de trigo entre dos fanegas de paja: menester es trabajar un día entero para hallarlos, y aun después no compensan el trabajo de buscarlos.

*Antonio.* Dime ahora, ¿quién es la dama, a cuyo altar juraste ir en devota peregrinación, y de quien has ofrecido hablarme?

*Basanio.* *Antonio*, bien sabes de qué manera he malbaratado mi hacienda en alardes de lujo no proporcionados a mis escasas fuerzas. No me lamento de la pérdida de esas comodidades. Mi empeño es sólo salir con honra de los compromisos en que me ha puesto mi vida. Tú, *Antonio*, eres mi principal acreedor en dineros y en amistad, y pues que tan de veras nos queremos, voy a decirte mi plan para librarme de deudas.

*Antonio.* Dímelo, *Basanio*: te lo suplico; y si tus propósitos fueran buenos y honrados, como de fijo lo serán, siendo tuyos, pronto estoy a sacrificar por ti mi hacienda, mi persona y cuanto valgo.

*Basanio.* Cuando yo era muchacho, y perdía el rastro de una flecha, para encontrarla disparaba otra en igual dirección, y solía, aventurando las dos, lograr entrambas. Pueril es el ejemplo, pero lo traigo para muestra de lo candoroso de mi intención. Te debo mucho, y quizá lo hayas perdido sin remisión; pero puede que si disparas con el mismo rumbo otra flecha, acierte yo las dos, o lo menos pueda devolvarte la segunda, agradeciéndote siempre el favor primero.

*Antonio.* *Basanio*, me conoces y es perder el tiempo traer ejemplos, para convencerme de lo que ya estoy persuadido. Todavía me desagradan más tus dudas sobre lo sincero de mi amistad, que si perdieras y malgastaras toda mi hacienda. Dime en que puedo servirte y lo haré con todas veras.

*Basanio.* En Belmonte hay una rica heredera. Es hermosísima, y además un portento de virtud. Sus ojos me han hablado, más de una vez, de amor. Se llama Porcia, y en nada es inferior a la hija de Catón, esposa de Bruto. Todo el mundo conoce lo mucho que vale, y vienen de apartadas orillas a pretender su mano. Los rizos, que cual áureo vellocino penden de su sien, hacen de la quinta de Belmonte un nuevo Colcos ambicionado por muchos Jasones. ¡Oh, Antonio mío! Si yo tuviera medios para rivalizar con cualquiera de ellos, tengo el presentimiento de que había de salir victorioso.

*Antonio* Ya sabes que tengo toda mi riqueza en el mar, y que hoy no puedo darte una gran suma. Con todo eso, recorre las casas de comercio de Venecia; empeña tú mi crédito hasta donde alcance. Todo lo aventuraré por ti: no habrá piedra que yo no mueva, para que puedas ir a la quinta de tu amada. Ve, infórmate de dónde hay dinero. Yo haré lo mismo y sin tardar. Malo será que por amistad o por fianza no logremos algo.

## ESCENA II

### **Belmonte. Gabinete en la quinta de Porcia**

#### PORCIA Y NERISSA

*Porcia.* Por cierto, amiga Nerissa, que mi pequeño cuerpo está ya bien harto de este inmenso mundo.

*Nerissa.* Eso fuera, señora, si tus desgracias fueran tantas y tan prolijas como tus dichas. No obstante, tanto se padece por exceso de goces como por defecto. No es poca dicha atinar con el justo medio. Lo superfluo cría muy pronto canas. Por el contrario la moderación es fuente de larga vida.

*Porcia.* Sanos consejos, y muy bien expresados.

*Nerissa.* Mejores fueran, si alguien los siguiese.

*Porcia.* Si fuera tan fácil hacer lo que se debe, como conocerlo, las ermitas serian catedrales, y palacios las cabañas. El mejor predicador

es el que, no contento con decantar la virtud, la practica. Mejor podría yo enseñársela a veinte personas, que ser yo una de las veinte y ponerla en ejecución. Bien inventa el cerebro leyes para refrenar la sangre, pero el calor de la juventud salta por las redes que le tiende la prudencia, fatigosa anciana. Pero si discurro de esta manera, nunca llegaré a casarme. Ni podré elegir a quien me guste ni rechazar a quien me enoje: tanto me sujeta la voluntad de mi difunto padre.

*Nerissa.* Tu padre era un santo, y los santos suelen acertar, como inspirados, en sus postreras voluntades. Puedes creer que sólo quien merezca tu amor acertará ese juego de las tres cajas de oro, plata y plomo, que él imaginó, para que obtuviese tu mano el que diera con el secreto. Pero, dime, ¿no te empalagan todos esos príncipes que aspiran a tu mano?

*Porcia.* Vete nombrándolos, yo los juzgaré. Por mi juicio podrás conocer el cariño que les tengo.

*Nerissa.* Primero, el príncipe napolitano.

*Porcia.* No hace más que hablar de su caballo, y cifra todo su orgullo en saber herrarlo por su mano. ¿Quién sabe si su madre se encapricharía de algún herrador?

*Nerissa.* Luego viene el conde Palatino.

*Porcia.* Que está siempre frunciendo el ceño, como quien dice: «Si no me quieres, busca otro mejor». No hay chiste que baste a distraerle. Mucho me temo que quien tan femenilmente triste se muestra en su juventud, llegue a la vejez convertido en filósofo melancólico. Mejor me casaría con una calavera que con ninguno de esos. ¡Dios me libre!

*Nerissa.* ¿Y el caballero francés, Le Bon?

*Porcia.* Será hombre, pero sólo porque es criatura de Dios. Malo es burlarse del prójimo, pero de éste... Su caballo es mejor que el del napolitano, y su ceño todavía más arrugado que el del Palatino. Junta los defectos de uno y otro, y a todo esto añade un cuerpo que no es de hombre.

Salta en oyendo cantar un mirlo, y se pelea hasta con su sombra. Casarse con él, sería casarse con veinte maridos. Le perdonaría si me aborreciese, pero nunca podría yo amarle.

*Nerissa* ¿Y Falconbridge, el joven barón inglés?

*Porcia*. Nunca hablo con él, porque no nos entendemos. Ignora el latín, el francés y el italiano. Yo, puedes jurar que no sé una palabra de inglés. No tiene mala figura, pero ¿quién ha de hablar con una estatua? ¡Y qué traje más extravagante el suyo! Ropilla de Italia, calzas de Francia, gorra de Alemania, y modales de todos lados.

*Nerissa* ¿Y su vecino, el lord escocés?

*Porcia*. Buen vecino. Tomó una bofetada del inglés, y juró devolvérsela. El francés dio fianza con otro bofetón.

*Nerissa* ¿Y el joven alemán, sobrino del duque de Sajonia?

*Porcia*. Mal cuando está en ayunas, y peor después de la borrachera. Antes parece menos que hombre, y después más que bestia. Lo que es con ése, no cuento.

*Nerissa*. Si él fuera quien acertase el secreto de la caja, tendrías que casarte con él, por cumplir la voluntad de tu padre.

*Porcia*. Lo evitarás, metiendo en la otra caja una copa de vino del Rin; no dudes que, andando el demonio en ello, la preferirá. Cualquier cosa, *Nerissa*, antes que casarme con esa esponja.

*Nerissa*. Señora, paréceme que no tienes que temer a ninguno de esos encantadores. Todos ellos me han dicho que se vuelven a sus casas, y no piensan importunarte más con sus galanterías, si no hay otro medio de conquistar tu mano que el de la cajita dispuesta por tu padre.

*Porcia*. Aunque viviera yo más años que la Sibila, me moriría tan virgen como Diana, antes que faltar al testamento de mi padre. En cuanto a esos amantes, me alegro de su buena resolución, porque no hay entre ellos uno solo cuya presencia me sea agradable. Dios les depara buen viaje.



*Nerissa* ¿Te acuerdas, señora, de un veneciano docto en letras y armas que, viviendo tu padre, vino aquí con el marqués de Montferrato?

*Porcia*. Sí. Pienso que se llamaba Basanio.

*Nerissa*. Es verdad. Y de cuantos hombres he visto, no recuerdo ninguno tan digno del amor de una dama como Basanio.

*Porcia*. Mucho me acuerdo de él, y de que merecía bien tus elogios. *(Sale un criado.)* ¿Qué hay de nuevo?

*El criado*. Los cuatro pretendientes vienen a despedirse de vos, señora, y un correo anuncia la llegada del príncipe de Marruecos que viene esta noche.

*Porcia* ¡Ojalá pudiera dar la bienvenida al nuevo, con el mismo gusto con que despido a los otros! Pero si tiene el gesto de un demonio, aunque tenga el carácter de un ángel, más quisiera confesarme que casar con él. Ven conmigo, Nerissa. Y tú, delante *(al criado)*. Apenas hemos cerrado la puerta a un amante, cuando otro llama.

### ESCENA III

#### **Plaza de Venecia**

#### **BASANIO Y SHYLOCK**

*Shylock*. Tres mil ducados. Está bien.

*Basanio*. Sí, por tres meses.

*Shylock*. Bien, por tres meses.

*Basanio*. Fiador Antonio.

*Shylock*. Antonio fiador. Está bien.

*Basanio* ¿Podéis darme esa suma? Necesito pronto contestación.

*Shylock*. Tres mil ducados por tres meses: fiador Antonio.

*Basanio* ¿Y qué decís a eso?

*Shylock.* Antonio es hombre honrado.

*Basanio* ¿Y qué motivos tienes para dudarlo?

*Shylock.* No, no; motivo ninguno; quiero decir que es buen pagador, pero tiene muy en peligro su caudal. Un barco para Trípoli, otro para las Indias. Ahora me acaban de decir en el puente de Rialto, que prepara un navío para Méjico y otro para Inglaterra. Así tiene sus negocios y capital esparcidos por el mundo. Pero, al fin, los barcos son tablas y los marineros hombres. Hay ratas de tierra y ratas de mar, ladrones y corsarios, y además vientos, olas y bajíos. Pero repito que es buen pagador. Tres mil ducados... creo que aceptaré la fianza.

*Basanio.* Puedes aceptarla con toda seguridad.

*Shylock* ¿Por qué? Lo pensaré bien. ¿Podré hablar con él mismo?

*Basanio.* Vente a comer con nosotros.

*Shylock.* No, para no llenarme de tocino. Nunca comeré en casa donde vuestro profeta, el Nazareno, haya introducido sus diabólicos sortilegios. Compraré vuestros géneros: me pasearé con vosotros; pero comer, beber y orar... ni por pienso. ¿Qué se dice en Rialto? ¿Quién es éste?

*(Sale Antonio)*

*Basanio.* El señor Antonio.

*Shylock (Aparte.)* Tiene aire de publicano. Le aborrezco porque es cristiano, y además por el necio alarde que hace de prestar dinero sin interés, con lo cual está arruinando la usura en Venecia. Si alguna vez cae en mis manos, yo saciaré en él todos mis odios. Sé que es grande enemigo de nuestra santa nación, y en las reuniones de los mercaderes me llena de insultos, llamando vil usura a mis honrados tratos. ¡Por vida de mi tribu, que no le he de perdonar!

*Basanio* ¿Oyes, Shylock?

*Shylock.* Pensaba en el dinero que me queda, y ahora caigo en que no puedo reunir de pronto los tres mil ducados. Pero ¿qué importa? Ya me los prestará Túbal, un judío muy rico de mi tribu. ¿Y por cuán-

tos meses quieres ese dinero? Dios te guarde, Antonio. Hablando de ti estábamos.

*Antonio.* Aunque no soy usurero, y ni presto ni pido prestado, esta vez quebranto mi propósito, por servir a un amigo. Basanio, ¿has dicho a Shylock lo que necesitas?

*Shylock.* Lo sé: tres mil ducados.

*Antonio.* Por tres meses.

*Shylock.* Ya no me acordaba. Es verdad... Por tres meses... Pero antes decías que no prestabas a usura ni pedías prestado.

*Antonio.* Sí que lo dije.

*Shylock.* Cuando Jacob apacentaba los rebaños de Labán... Ya sabes que Jacob, gracias a la astucia de su madre, fue el tercer poseedor después de Abraham... Sí, el tercero.

*Antonio* ¿Y Jacob prestaba dinero a usura?

*Shylock.* No precisamente como nosotros, pero fijate en lo que hizo. Pactó con Labán que le diese como salario todos los corderos manchados de vario color que nacieran en el hato. Llegó el otoño, y las ovejas fueron en busca de los corderos. Y cuando iban a ayuntarse los lanudos amantes, el astuto pastor puso unas varas delante de las ovejas, y al tiempo de la cría todos los corderos nacieron manchados, y fueron de Jacob. Este fue su lucro y usura, y por él le bendijo el cielo, que bendice siempre el lucro honesto, aunque maldiga el robo.

*Antonio.* Eso fue un milagro que no dependía de su voluntad sino de la del cielo, y Jacob se expuso al riesgo. ¿Quieres con tan santo ejemplo canonizar tu abominable trato? ¿O son ovejas y corderos tu plata y tu oro?

*Shylock.* No sé, pero procrean como si lo fueran.

*Antonio.* Atiende, Basanio. El mismo demonio, para disculpar sus maldades, cita ejemplos de la Escritura. El espíritu infame, que invoca el testimonio de las santas leyes, se parece a un malvado de apacible rostro o a una hermosa fruta comida de gusanos.

*Shylock.* Tres mil ducados... Cantidad alzada, y por tres meses...  
Suma la ganancia...

*Antonio* ¿Admitís el trato: sí o no, *Shylock*?

*Shylock.* Señor Antonio, innumerables veces me habéis reprendido en el puente de Rialto por mis préstamos y usuras, y siempre lo he llevado con paciencia, y he doblado la cabeza, porque ya se sabe que el sufrimiento es virtud de nuestro linaje. Me has llamado infiel y perro; y todo esto sólo por tu capricho, y porque saco el jugo a mi hacienda, como es mi derecho. Ahora me necesitas, y vienes diciendo: «*Sylock*, dame dineros». Y esto me lo dice quien derramó su saliva en mi barba, quien me empujó con el pie como a un perro vagabundo que entra en casa extraña. ¿Y yo qué debía responderte ahora? «No: ¿un perro cómo ha de tener hacienda ni dinero? ¿Cómo ha de poder prestar tres mil ducados?» o te diré en actitud humilde y con voz de siervo: «Señor, ayer te plugo escupirme al rostro: otro día me diste un puntapié y me llamaste perro, y ahora, en pago de todas estas cortesías, te voy a prestar dinero».

*Antonio.* Volveré a insultarte, a odiarte y a escupirte a la cara. Y si me prestas ese dinero, no me lo prestes como amigo, que si lo fueras, no pedirías ruin usura por un metal estéril e infecundo. Préstalo, como quien presta a su enemigo, de quien puede vengarse a su sabor si falta al contrato.

*Shylock* ¡Y qué enojado estáis! ¡Y yo que quería granjear vuestra amistad, olvidando las afrentas de que me habéis colmado! Pienso prestaros mi dinero sin interés alguno. Ya veis que el ofrecimiento no puede ser más generoso.

*Antonio.* Así parece.

*Shylock.* Venid a casa de un escribano, donde firmaréis un recibo prometiendo que si para tal día no habéis pagado, entregaréis en cambio una libra justa de vuestra carne, cortada por mí del sitio de vuestro cuerpo que mejor me pareciere.

*Antonio.* Me agrada el trato: le firmaré, y diré que por fin he encontrado un judío generoso.

*Basanio.* No firmarás, en ventaja mía, esa escritura: prefiero no salir nunca de mi desesperación.

*Antonio.* No temas que llegue el caso de cumplir semejante escritura. Dentro de dos meses, uno antes de espirar el plazo, habré reunido diez veces más de esa suma.

*Shylock* ¡Oh, padre Abraham! ¡Qué mala gente son los cristianos! Miden a todos los demás con la vara de su mala intención. Decidme: si Antonio dejara de pagarme en el plazo convenido, ¿qué adelantaba yo con exigirle que cumpliera el contrato? Después de todo, una libra de carne humana vale menos que una de buey, carnero o cabra. Creedme, que si propongo tal condición, es sólo por ganarme su voluntad. Si os agrada, bien: si no, no me maltrates, siquiera por la buena amistad que te muestro.

*Antonio.* Cierro el trato y doy la fianza.

*Shylock.* Pronto, a casa del notario. Dictad ese chistoso documento. Yo buscaré el dinero, pasaré por mi casa, que está mal guardada por un holgazán inútil, y en seguida soy con vosotros. *(Se va)*

*Antonio.* Vete con Dios, buen judío. Este se va a volver cristiano. Me pasma su generosidad.

*Basanio.* Sospechosas se me antojan frases tan dulces en boca de semejante malvado.

*Antonio.* No temas. El plazo es bastante largo, para que vuelvan mis navios antes de cumplirse.

(...)

## ESCENA VII

### **Quinta de Porcia en Belmonte**

#### **PORCIA Y EL PRÍNCIPE DE MARRUECOS**

*Porcia.* Descorred las cortinas, y enseñad al príncipe los cofres; él elegirá.

*El príncipe.* El primero es de oro, y en él hay estas palabras: «Quien me elija, ganará lo que muchos desean». El segundo es de plata, y en él se lee: «Quien me elija, cumplirá sus anhelos». El tercero es de vil plomo, y en él hay esta sentencia tan dura como el metal: «Quien me elija, tendrá que arriesgarlo todo». ¿Cómo haré para no equivocarme en la elección?

*Porcia.* En uno de los cofres está mi retrato. Si lo encontráis, soy vuestra.

*El príncipe.* Algún dios me iluminará. Volvamos a leer con atención los letreros. ¿Qué dice el plomo? «Todo tendrá que darlo y arriesgarlo el que me elija». ¡Tendrá que darlo todo! ¿Y por qué?... ¿Aventurarlo todo por plomo? Deslucido premio en verdad. Para aventurarlo todo, hay que tener esperanza de alguna dicha muy grande, porque a un alma noble no la seduce el brillo de un vil metal. En suma, no doy ni aventuro nada por el plomo. ¿Qué dice la plata del blanco cofrecillo? «Quien me elija logrará lo que merece...». Lo que merece... Despacio, príncipe: pensémoslo bien. Si atiendo a mi conciencia, yo me estimo en mucho. No es pequeño mi valor, aunque quizá lo sea para aspirar a tan excelsa dama. De otra parte, sería poquedad de ánimo dudar de lo que realmente valgo... ¿Qué merezco yo? Sin duda esta hermosa dama. Para eso soy de noble nacimiento y grandes dotes de alma y cuerpo, de fortuna, valor y linaje; y sobre todo la merezco porque la amo entrañablemente. Sigo en mis dudas. ¿Continuaré la elección o me pararé aquí? Voy a leer segunda vez el rótulo de la caja de oro: «Quien me elija logrará lo que muchos desean». Es claro: la posesión de esta dama; todo el mundo la desea, y de los cuatro términos del mundo vienen a postrarse ante el ara en que se venera su imagen. Los desiertos de Hircania, los arenales de Libia se ven trocados hoy en animados caminos, por donde acuden innumerables príncipes a ver a Porcia. No bastan a detenerlos playas apartadas, ni el salobre reino de las ondas que lanzan su espuma contra el cielo. Corren el mar, como si fuera un arroyo, sólo por el ansia de ver a Porcia. Una de estas cajas encierra su imagen, pero ¿cuál? ¿Estará en la de plomo? Necedad sería pensar que tan vil metal fuese sepulcro de tanto tesoro. ¿Estará

en la plata que vale diez veces menos que el oro? Bajo pensamiento sería. Sólo en oro puede engastarse joya de tanto precio. En Inglaterra corre una moneda de oro, con un ángel grabado en el anverso. Allí está sólo grabado, mientras que aquí es el ángel mismo quien yace en tálamo de oro. Venga la llave: mi elección está hecha, sea cual fuere el resultado.

*Porcia.* Tomad la llave, y si en esa caja está mi retrato, seré vuestra esposa.

*El príncipe* (abriendo el cofre) ¡Por vida del demonio! sólo encuentro una calavera, y en el hueco de sus ojos este papel: «No es oro todo lo que reluce así dice el refrán antiguo: tú verás si con razón. ¡A cuántos ha engañado en la vida una vana exterioridad! En dorado sepulcro habitan los gusanos. Si hubieras tenido tanta discreción y buen juicio como valor y osadía, no te hablaría de esta suerte mi hueca y apagada voz. Vete en buen hora, ya que te ha salido fría la pretensión». Sí que he quedado frío y triste. Toda mi esperanza huyó, y el fuego del amor se ha convertido en hielo. Adiós, hermosa Porcia. No puedo hablar. El desencanto me quita la voz. ¡Cuán triste se aleja el que ve marchitas sus ilusiones!

*Porcia* ¡Oh felicidad! Quiera Dios que tengan la misma suerte todos los que vengan, si son del mismo color que éste.

## ESCENA VIII

### **Calle de Venecia**

#### **SALARINO Y SALANIO**

(...)

*Salanio* ¡Pobre Antonio si no cumple el trato!

*Salarino* Y fácil es que no pueda cumplirlo. Ayer me dijo un francés que en el estrecho que hay entre Francia e Inglaterra había naufragado un barco veneciano. En seguida me acordé de Antonio, y por lo bajo hice votos a Dios para que no fuera el suyo.

*Salanio.* Bien harías en decírselo a Antonio, pero de modo que no le hiciera mala impresión la noticia.

*Salarino.* No hay en el mundo alma más noble. Hace poco vi cómo se despedía de Basanio. Díjole éste que haría por volver pronto, y Antonio le replicó: «No lo hagas de ningún modo, ni echas a perder, por culpa mía, tu empresa. Necesitas tiempo. No te apures por la fianza que di al judío. Estate tranquilo, y sólo pienses en alcanzar con mil delicadas galanterías y muestras de amor el premio a que aspiras». Apenas podía contener el llanto al decir esto. Apartó la cara, dio la mano a su amigo, y se despidió de él por última vez.

*Salanio.* Él es toda su vida, según imagino. Vamos a verle, y tratemos de consolar su honda tristeza.

*Salarino.* Vamos.

(...)

### ACTO III

#### ESCENA PRIMERA

#### **Calle de Venecia**

#### SALANIO Y SALARINO

*Salanio* ¿Qué se dice en Rialto?

*Salarino.* Corren nuevas de que una nave de Antonio, cargada de ricos géneros, ha naufragado en los estrechos de Goodwins, que son unos escollos de los más temibles, y donde han perecido muchas orgullosas embarcaciones. Esto es lo que sucede, si es que no miente la parlara fama, y se porta hoy como mujer de bien.

*Salanio* ¡Ojalá que por esta vez mienta como la comadre más embustera de cuantas comen pan! Pero la verdad es, sin andarnos en rodeos ni ambages, que el pobre Antonio, el buen Antonio... ¡Oh si encontrara yo un adjetivo bastante digno de su bondad!

*Salarino.* Al asunto, al asunto.



*Salanio* ¿Al asunto dices? Pues el asunto es que ha perdido un barco.

*Salarino* ¿Quiera Dios que no sea más que uno!

*Salanio* ¡Ojalá! No sea que eche a perder el demonio mis oraciones, porque aquí viene en forma de judío. (*Sale Shylock*). ¿Cómo estás, Shylock? ¿Qué novedades cuentan los mercaderes?

*Shylock*. Vosotros lo sabéis. ¿Quién había de saber mejor que vosotros la fuga de mi hija?

*Salarino*. Es verdad. Yo era amigo del sastre que hizo al pájaro las alas con que voló del nido.

*Salanio*. Y Shylock no ignoraba que el pájaro tenía ya plumas, y que es condición de las aves el echar a volar en cuanto las tienen.

*Salarino*. Por eso la condenarán.

*Salanio*. Es claro: si la juzga el demonio.

*Shylock* ¡Ser infiel a mi carne y sangre!

*Salanio*. Más diferencia hay de su carne a la tuya que del marfil al azabache, y de su sangre a la tuya que del vino del Rin al vino tinto. Dinos: ¿sabes algo de la pérdida que ha tenido Antonio en el mar?

*Shylock* ¡Vaya otro negocio! ¡Un mal pagador, que no se atreva a comparecer en Rialto! ¡Un mendigo que hacía alarde de lujo, paseándose por la playa! A ver cómo responde de su fianza. Para eso me llamaba usurero. Que responda de su fianza. Decía que prestaba dinero por caridad cristiana. Que responda de su fianza.

*Salarino*. De seguro que si no cumple el contrato, no por eso te has de quedar con su carne. ¿Para qué te sirve?

*Shylock*. Me servirá de cebo en la caña de pescar. Me servirá para satisfacer mis odios. Me ha arruinado. Por él he perdido medio millón: él se ha reído de mis ganancias y de mis pérdidas: ha afrentado mi raza y linaje, ha dado calor a mis enemigos y ha desalentado a mis amigos. Y todo ¿por qué? Porque soy judío. ¿Y el judío no tiene ojos, no tiene manos ni órganos ni alma, ni sentidos ni pasio-

nes? ¿No se alimenta de los mismos manjares, no recibe las mismas heridas, no padece las mismas enfermedades y se cura con iguales medicinas, no tiene calor en verano y frío en invierno, lo mismo que el cristiano? Si le pican ¿no sangra? ¿No se ríe si le hacen cosquillas? ¿No se muere si le envenenan? Si le ofenden, ¿no trata de vengarse? Si en todo lo demás somos tan semejantes ¿por qué no hemos de parecernos en esto? Si un judío ofende a un cristiano ¿no se venga éste, a pesar de su cristiana caridad? Y si un cristiano a un judío, ¿qué enseña al judío la humildad cristiana? A vengarse. Yo os imitaré en todo lo malo, y para poco he de ser, si no supero a mis maestros.

*Un criado.* Señores: mi amo Antonio os espera en su casa, para hablaros de negocios importantes.

*Salarino.* Largo tiempo hace que le buscamos.

*(Sale Túbal)*

*Salanio.* He aquí otro de su misma tribu: no se encontraría otro tercero que los igualase como no fuese el mismísimo demonio. (Vanse)

*Shylock.* Túbal, ¿qué noticias traes de Génova? ¿Qué sabes de mi hija?

*Túbal.* Oí noticias de ella en muchas partes, pero nunca la vi.

*Shylock.* Nunca ha caído otra maldición igual sobre nuestra raza. Mira: se llevó un diamante que me había costado dos mil ducados en la feria de Francfort. Dos mil ducados del diamante, y además muchas alhajas preciosas. Poco me importaría ver muerta a mi hija, como tuviera los diamantes en las orejas, y los ducados en el ataúd. ¿Pero nada, nada has averiguado de ellos? ¡Maldito sea yo! ¡Y cuánto dinero he gastado en buscarla! ¡Tanto que se llevó el ladrón, y tanto cómo llevo gastado en su busca, y todavía no me he vengado! Cada día me trae una nueva pérdida. Todo género de lástimas y miserias ha caído sobre mí.

*Túbal.* No eres tú el solo desgraciado. Me contaron en Génova que también Antonio...

*Shylock* ¿Qué, qué? ¿le ha sucedido alguna desgracia?

*Túbal.* Se le ha perdido un barco que venía de Trípoli.

*Shylock* ¡Bendito sea Dios! ¿Pero eso es cierto?

*Túbal.* Me lo han contado algunos marineros escapados del naufragio.

*Shylock.* ¡Gracias, amigo Túbal, gracias! ¡Qué felices nuevas! ¿Con qué en Génova, eh, en Génova?

*Túbal.* Dicen que tu hija ha gastado en Génova ochenta ducados en una noche.

*Shylock* ¿Qué daga me estás clavando en el corazón! ¡Pobre dinero mío! ¡En una noche sola ochenta ducados!

*Túbal.* Varios acreedores de Antonio, con quienes vengo desde Génova, tienen por inevitable su quiebra.

*Shylock* ¡Oh, qué felicidad! Le atormentaré. Me he de vengar con creces.

*Túbal* Uno de esos acreedores me mostró una sortija, con que tu hija le había pagado un mono que compró.

*Shylock* ¡Cállate, maldecido! ¿Quieres martirizarme? Es mi turquesa. Me la regaló Lia, cuando yo era soltero. No la hubiera yo cedido por todo un desierto henchido de monos.

*Túbal.* Pero no tiene duda que Antonio está completamente arruinado.

*Shylock.* Eso me consuela. Eso tiene que ser verdad. Túbal, avísame un alguacil para dentro de quince días. Sino paga la fianza, le sacaré las entrañas; si no fuera por él, haría yo en Venecia cuantos negocios quisiera. Túbal, nos veremos en la sinagoga. Adiós, querido Túbal.

## ESCENA II

### Quinta de Porcia

BASANIO, PORCIA, GRACIANO, NERISSA y criados

*Porcia.* Os ruego que no os deis prisa. Esperad siquiera un día o dos, porque si no acertáis en la elección, os pierdo para siempre. Hay en

mi alma algo que me dice (no sé si será amor) que sería para mi un dolor que os fueseis. Odio ya veis que no puede ser. Si no os parecen bastantes claras mis palabras (porque una doncella sólo puede hablar de estas cosas con el pensamiento) os suplicaría que permanecieseis aquí uno o dos meses. Con esto tendré bastante tiempo para enseñaros el modo de no errar. Pero ¡ay! no puedo, porque sería faltar a mi juramento, y no he de ser perjura aunque os pierda. Si erráis, haréis que me lamente mucho de haber faltado a mi juramento. ¡Ojalá nunca hubiera yo visto vuestros ojos! Su fulgor me ha partido el alma: sólo la mitad es mía, la otra mitad vuestra... He querido decir mía, pero no es mía, vuestra es también, y toda yo os pertenezco. Este siglo infeliz en que vivimos pone obstáculos entre el poseedor y su derecho. Por eso, y a la vez, soy vuestra y no lo soy. El hado tiene la culpa, y él es quien debe pagarla e ir al infierno, yo no. Hablo demasiado, pero es por entretener el tiempo, y detenerle, y con él vuestra elección.

*Basanio.* Permitid que la suerte decida. Estoy como en el tormento.

*Porcia* ¿Basanio en el tormento? pues qué, ¿hay algún engaño en vuestro amor?

*Basanio.* Hay un recelo, que me presenta como imposible mi felicidad. Antes harán alianza el fuego y el hielo, que mi amor y la traición.

*Porcia.* Me temo que estéis hablando desde el tormento, donde el hombre, bien contra su voluntad, confiesa lo cierto.

*Basanio.* Porcia, mi vida consiste en vos. Dádmela, y os diré toda la verdad.

*Porcia.* Decídmela y viviréis.

*Basanio.* Mejor hubierais dicho: «decídmela y amad», y con esto sería inútil mi confesión, ya que mi único crimen es amar, delicioso tormento en que sólo el verdugo puede salvar al reo. Vamos a las cajas, y que la suerte nos favorezca.

*Porcia.* A las cajas, pues. En una de ellas está mi efigie. Si me amáis, la encontraréis de seguro. Atrás, Nerissa: atrás, todos vosotros y mientras elige, resuena la música. Si se equivoca, morirá entre armonías como el cisne, y para que sea mayor la exactitud de la comparación, mis ojos le darán sepulcro en las nativas ondas. Si vence (y no es imposible), oirá el son agudo de las trompetas, semejante al que saluda al rey que acaba de ser ungido y coronado, o a las alegres voces que, al despuntar la aurora, penetran en los oídos del extasiado novio. Vedle acercarse con más amor y más vigorosos alientos que Hércules, cuando fue a salvar a Troya del nefando tributo de la doncella que tenía que entregar a la voracidad del monstruo marino, en su día. Yo soy la víctima. Vosotros sois como las matronas dárdanas que con llorosos ojos han salido de Troya a contemplar el sacrificio. Adelante, noble Alcides: sal vencedor de la contienda. En tu vida está la mía. Todavía tengo yo más interés en el combate, que tú que vas a pelear, dando celos al mismo Ares. (*Mientras Basanio elige, canta la música*). «¿Dónde nace el amor, en los ojos o en el alma? ¿Quién le da fuerzas para quitarnos el sosiego? Decídnoslo, decídnoslo. El amor nace en los ojos, se alimenta de miradas, y muere por desvíos en la misma cuna donde nace. Cantemos dulces himnos en alabanza del amor.

¡Viva el amor, viva el amor!»

*Basanio.* Muchas veces engañan las apariencias. ¿Ha habido causa tan mala que un elocuente abogado no pudiera hacer probable, buscando disculpas para el crimen más horrendo? ¿Hay alguna herejía religiosa que no tenga sectarios, y que no pueda cubrirse con citas de la Escritura o con flores retóricas que disimulen su fealdad? ¿Hay vicio que no pueda disfrazarse con la máscara de la virtud? ¿No habéis visto muchos cobardes, tan falsos y movedizos como piedra sobre arena, y que por fuera muestran la belicosa faz de Hércules y las híspidas barbas de Marte, y por de dentro tienen los hígados tan blancos como la leche? Fingen valor, para hacerse temer. Medid la hermosura: se compra al peso, y son más ligeras las que se atavían con los más preciados arreos de la belleza. ¡Cuántas veces los áureos rizos, enroscados como sierpes al rededor de una dudosa belleza,

son prenda de otra hermosura que yace en olvidado sepulcro! Los adornos son como la playa de un mar proceloso; como el velo de seda que oculta el rostro de una hermosura india; como la verdad, cuya máscara toma fraude para engañar a los más prudentes. Por eso desdeño los fulgores del oro, alimento y perdición del avaro Midas, y también el pálido brillo de la mercenaria plata. Tu quebrado color, oh plomo que pasas por vil y anuncias más desdichas que felicidad, me atrae más que todo eso. Por ti me decido. ¡Quiera Dios cumplir mi amoroso deseo!

*Porcia (Aparte).* Como el viento disipa las nubes, así huyen de mi alma todos los celos, tristezas y desconfianzas. Cálmate, amor; ten sosiego: templa los ímpetus del alma, y dame el gozo con tasa, porque si no, el corazón estallará de alegría.

*Basanio (Abre la caja de plomo).* ¿Qué veo? ¡El mismo rostro de la hermosa Porcia! ¿Qué pincel sobrehumano pudo acercarse tanto a la realidad? ¿Pestañean estos ojos, o es que los mueve el reflejo de los míos? Exhalan sus labios un aliento más dulce que la miel. De sus cabellos ha tejido el pintor una tela de araña para enredar corazones. ¡Ay de las moscas que caigan en ellos! ¿Pero cómo habrá podido retratar sus ojos, sin cegar? ¿Cómo pudo acabar el uno sin que sus rayos le cegaran de tal modo que dejase sin acabar el otro? Toda alabanza es poca, y sería afrentar al retrato tanto como el retrato al original. Veamos lo que dice la letra, cifra breve de mi fortuna. *(Lee).* «Tú a quien no engañan las apariencias, consigues la rara fortuna de acertar. Ya que tal suerte tuviste, no busques otra mejor. Si te parece bien la que te ha dado la fortuna, vuélvete hacia ella, y con un beso de amor tómala por tuya, siguiendo los impulsos de tu alma». ¡Hermosa leyenda! Señora, perdón. Es necesario cumplir lo que este papel ordena. A la manera que el gladiador, cuando los aplausos ensordecen el anfiteatro, duda si es a él a quien se dirigen, y vuelve la vista en tomo suyo; así yo, bella Porcia, dudo si es verdad lo que miro, y antes de entregarme al gozo, necesito que lo confirmen vuestros labios.

*Porcia.* Basanio, tal cual me veis, vuestra soy. No deseo para mi suerte mayor, pero en obsequio vuestro quisiera ser veinte veces más

hermosa de lo que soy, y diez mil veces más rica. Yo quisiera exceder a todas en virtud, en belleza, en bienes de fortuna y en amigos, para que me amaseis mucho más. Pero valgo muy poco; soy una niña ignorante y sin experiencia; sólo tengo una cosa buena, y es que todavía no soy vieja para aprender; y otra aún mejor, que no fue tan mala mi educación primera que no pueda aprender. Y aún tengo otra felicidad mejor, y es la de tener un corazón tan rendido que se humilla a vos como el siervo a su señor y monarca. Mi persona, y la hacienda que fue mía, son desde hoy vuestras. Hace un momento era yo señora de esta quinta y de estos criados, y de mí misma, pero desde ahora yo y mi quinta y mis criados os pertenecemos. Todo os lo doy con este anillo. Si algún día lo destruíis o perdéis, será indicio de que habéis perdido mi amor, y podré reprenderos por tan grave falta.

*Basanio.* Señora, me habéis quitado el habla. Sólo os grita mi sangre alborotada en las venas. Tal trastorno habéis producido en mis sentidos, como el tumulto que estalla en una muchedumbre cuando oye el discurso de un príncipe adorado. Mil palabras incoherentes se confunden con gritos que no tienen sentido alguno, pero que expresan un júbilo sincero. Cuando huya de mis dedos ese anillo, irá con él mi vida, y podréis decir que ha muerto Basanio.

*Nerissa.* A nosotros, mudos espectadores de tal drama, sólo nos toca daros el parabién. Sed dichosos, amos y señores míos.

*Graciano.* Basanio, señor mío; y tú, hermosa dama, disfrutad cuanta ventura deseo para vosotros, ya que no ha de ser a mi costa. Y cuando os preparéis a cerrar solemnemente el contrato, dadme licencia para hacer lo mismo.

*Basanio.* Con mucho gusto, si encuentras mujer.

*Graciano.* Mil gracias, Basanio. A ti lo debo. Mis ojos son tan avizores como los tuyos. Tú los pusiste en la señora; yo en la criada: tú amaste; yo también. Tu amor no consiente dilaciones; tampoco el mío. Tu suerte dependía de la buena elección de las cajas; también la mía. Yo ardiendo en amores perseguí a esta esquiva hermosura

con tantas y tantas promesas y juramentos, que casi tengo seca la boca de repetirlos. Pero al fin (si las palabras de tal hermosura valen algo), me prometió concederme su amor, si tú acertabas a conquistar el de su señora.

*Porcia* ¿Es verdad, Nerissa?

*Nerissa*. Verdad es, señora, si no lo lleváis a mal.

*Basanio* ¿Lo dices de veras, Graciano?

*Graciano*. De veras, señor.

*Basanio*. Vuestro casamiento aumentará los regocijos del nuestro.

*Graciano* ¡Pero quién viene! ¿Lorenzo y la judía? ¿y con ellos mi amigo, el veneciano Salerio? (*Salen Lorenzo, Jéssica y Salerio*)

*Basanio*. Con bien vengáis a esta quinta, Lorenzo y Salerio, si es que mi recién nacida felicidad me autoriza para saludaros en este lugar. ¿Me lo permites, bellísima Porcia?

*Porcia*. Y lo repito: bien venidos sean.

*Lorenzo*. Gracias por tanto favor. Mi intención no era visitarte, pero Salerio, a quien encontré en el camino, se empeñó tanto, que al cabo consentí en acompañarle.

*Salerio*. Lo hice, es verdad, pero no sin razón, porque te traigo un recado del señor Antonio. (*Le da una carta*)

*Basanio*. Antes de abrir esta carta, dime cómo se encuentra mi buen amigo.

*Salerio*. No está enfermo más que del alma; por su carta verás lo que padece.

*Graciano*. Querido Salerio, dame la mano. ¿Qué noticias traes de Venecia? ¿Qué hace el honrado mercader Antonio? ¡Cómo se alegrará al saber nuestra dicha! Somos los jasones que han encontrado el vellocino de oro.



*Salerio* ¡Ojalá hubierais encontrado el áureo vellocino, que él perdió en hora aciaga!

*Porcia*. Malas nuevas debe traer la carta. Huye el color de las mejillas de Basanio. Sin duda acaba de saber la muerte de un amigo muy querido, porque ninguna otra mala noticia podría abatir un ánimo tan constante; malo, malo. Perdóname, Basanio, pero soy la mitad de tu alma, y justo es que me pertenezcan la mitad de las desgracias que anuncia ese pliego.

*Basanio* ¡Amada Porcia! Leo en esta carta alguna de las frases más tristes que se han escrito nunca sobre el papel. Porcia hermosísima, cuando por primera vez te confesé mi amor, no tuve reparo en decirte que yo no tenía otra hacienda que la sangre de mis venas, pero que era noble y bien nacido, y te dije la verdad. Pero así y todo hubo jactancia en mis palabras, al decirte que mis bienes eran ningunos. Para ser enteramente veraz, debí añadir que mi fortuna era menos que nada, porque la verdad es que empeñé mi palabra a mi mejor amigo, dejándole expuesto a la venganza del enemigo más cruel, implacable y sin entrañas: todo para procurarme dineros. Esta carta me parece el cuerpo de mi amigo: cada línea es a modo de una herida, que arroja la sangre a borbotones. Pero ¿es cierto, Salerio? ¿Todo, todo lo ha perdido? ¿Todos sus negocios le han salido mal? ¿Ni en Trípoli, ni en Méjico, ni en Lisboa, ni en Inglaterra, ni en la India, ni en Berbería, escapó ningún barco suyo de esos escollos tan fatales al marino?

*Salerio*. Ni uno. Y aunque a Antonio le quedara algún dinero para pagar al judío, de seguro que éste no le recibiría. No parece ser humano: nunca he visto a nadie tan ansioso de destruir y aniquilar a su prójimo. Día y noche pide justicia al Dux, amenazando, si no se le hace justicia, con invocar las libertades del Estado. En vano han querido persuadirle los mercaderes más ricos, y el mismo Dux y los patricios. Todo en balde. Él persiste en su demanda, y reclama confiscación, justicia y el cumplimiento de su engañoso trato.

*Jéssica*. Cuando vivía yo con él, muchas veces le vi jurar a sus amigos Túbal y Chus que prefería la carne de Antonio a veinte veces el

valor de la suma que le debía, y si las leyes y el gobierno de Venecia no protegen al infeliz Antonio, mala será su suerte.

*Porcia* ¿Y en vuestro amigo recaen todas esas calamidades?

*Basanio*. En mi amigo, el mejor y más fiel, el de alma más honrada que hay en toda Italia. En su pecho arde la llama del honor de la antigua Roma.

*Porcia* ¿Qué es lo que debe al judío?

*Basanio*. Tres mil ducados que me prestó.

*Porcia* ¿No más que tres mil? Dale seis mil, duplica, triplica la suma, antes que consentir que tan buen amigo pierda por ti ni un cabello. Vamos al altar, despedámonos, y luego corre a Venecia a buscar a tu amigo; no vuelvas al lado de Porcia hasta dejarle en salvo. Llevarás lo bastante para pagar diez veces más de lo que debe al hebreo. Págalo, y vuelve en seguida con tu fiel amigo. Mi doncella Nerissa y yo viviremos entretanto como viudas y como doncellas. Es necesario que partas el día mismo de nuestras bodas. Piensa en nuestros comensales; no arrugues el ceño, muestra la faz alegre. Ya que tan cara te he comprado, reflexiona cuánto he de amarte. Pero léeme antes la carta.

*Basanio*. «Querido Basanio: mis barcos naufragaron; me acosan mis acreedores; he perdido toda mi hacienda; ha vencido el plazo de mi escritura con el judío, y claro es que si se cumple la cláusula del contrato, tengo forzosamente que morir. Toda deuda entre nosotros queda liquidada, con tal que vengas a verme en la hora de mi muerte. Sin embargo, haz lo que quieras; si nuestra amistad no te obliga a venir, tampoco te hará fuerza esta carta».

*Porcia*. Amor mío, vete en seguida.

*Basanio*. Volaré, si me lo permites. Entretanto que vuelvo, el reposo y la soledad de mi lecho serán continuos estímulos para que yo vuelva.

ESCENA III

**Calle de Venecia**

SHYLOCK, SALANIO, ANTONIO Y EL CARCELERO

*Shylock.* Carcelero, no apartes la vista de él. No me digas que tenga compasión... Éste es aquel insensato que prestaba su dinero sin interés. No le pierdas de vista, carcelero.

*Antonio.* Oye, amigo Shylock.

*Shylock.* Pido que se cumplan las condiciones de la escritura. He jurado no ceder ni un ápice de mi derecho. En nada te había ofendido yo cuando ya me llamabas perro. Si lo soy, yo te enseñaré los dientes. No tienes escape. El Dux me hará justicia. No sé, perverso alcaide, por qué has consentido con tanto gusto en sacarle de la prisión.

*Antonio.* Óyeme: te lo suplico.

*Shylock.* No quiero oírte. Cúmpleme el contrato. No quiero oírte. No te empeñes en hablar más. No soy un hombre de buenas entrañas, de los que dan cabida a la compasión, y se rinden al ruego de los cristianos. No volváis a importunarme. Pido que se cumpla el contrato. (Vase)

*Salanio.* Es el perro más abominable de los que deshonran el género humano.

*Antonio.* Déjale. Nada de ruegos inútiles. Quiere mi vida y no atino por qué. Más de una vez he salvado de sus garras a muchos infelices que acudieron a mí, y por eso me aborrece.

*Salanio.* No creo que el Dux consienta jamás en que se cumpla semejante contrato.

*Antonio.* El Dux tiene que cumplir la ley, porque el crédito de la República perdería mucho si no se respetasen los derechos del extranjero. Toda la riqueza, prosperidad y esplendor de esta ciudad depende de su comercio con los extranjeros. Ea, vamos. Tan agobiado estoy de pesadumbres, que dudo mucho que mañana tenga

una libra de carne en mi cuerpo, con que hartar la sed de sangre de ese bárbaro. Adiós, buen carcelero. ¡Quiera Dios que Basanio vuelva a verme y pague su deuda! Entonces moriré tranquilo.

(...)

## ACTO IV

### ESCENA PRIMERA

#### **Tribunal de Venecia**

DUX, SENADORES, ANTONIO, BASANIO, GRACIANO,  
SALARINO Y SALANIO

*Dux* ¿Y Antonio?

*Antonio*. A vuestras órdenes, Alteza.

*Dux*. Te tengo lástima, porque vienes a responder a la demanda de un enemigo cruel y sin entrañas, en cuyo pecho nunca halló lugar la compasión ni el amor, y cuya alma no encierra ni un gramo de piedad.

*Antonio*. Ya sé que V. A. ha puesto empeño en calmar su feroz encono, pero sé también que permanece inflexible, y que no me queda, según las leyes, recurso alguno para salvarme de sus iras. A ellas sólo puedo oponer la paciencia y la serenidad. Mi alma tranquila y resignada soportará todas las durezas y ferocidades de la suya.

*Dux*. Decid que venga el judío ante el tribunal.

*Salarino*. Ya viene, señor. Está fuera, esperando vuestras órdenes.

(*Entra Shylock*)

*Dux* ¡Haceos atrás! ¡Que se presente Shylock! Cree el mundo, y yo con él, que quieres apurar tu crueldad hasta las heces, y luego cuando la sentencia se pronuncie, haces alarde de piedad y mansedumbre, todavía más odiosas que tu crueldad primera. Cree la gente que en vez de pedir el cumplimiento del contrato que te concede una libra de carne de este desdichado mercader, desistirás de tu demanda, te moverás a lástima, le perdonarás la mitad de la deuda, consi-

derando las grandes pérdidas que ha tenido en poco tiempo, y que bastarían a arruinar al más opulento mercader monarca, y a conmovier entrañas de bronce y corazones de pedernal, aunque fuesen de turcos o tártaros selváticos, ajenos de toda delicadeza y buen comedimiento. Todos esperamos de ti una cortés respuesta.

*Shylock.* Vuestra Alteza sabe mi intención, y he jurado por el sábado lograr cumplida venganza. Si me la negáis, ¡vergüenza eterna para las leyes y libertades venecianas! Me diréis qué ¿por qué estimo más una libra de carne de este hombre que tres mil ducados? Porque así se me antoja. ¿Os place esta contestación? Si en mi casa hubiera un ratón importuno, y yo me empeñara en pagar diez mil ducados por matarle, ¿lo llevaríais a mal? Hay hombres que no pueden ver en su mesa un lechón asado, otros que no resisten la vista de un gato, animal tan útil e inofensivo, y algunos que orinan, en oyendo el son de una gaita. Efectos de la antipatía que todo lo gobierna. Y así como ninguna de estas cosas tiene razón de ser, yo tampoco la puedo dar para seguir este pleito odioso, a no ser el odio que me inspira hasta el nombre de Antonio. ¿Os place esta respuesta?

*Basanio.* No basta, cruel hebreo, para disculpar tu fiereza increíble.

*Shylock.* Ni yo pretendo darte gusto.

*Basanio* ¿Y mata siempre el hombre a los seres que aborrece?

*Shylock* ¿Y quién no procura destruir lo que él odia?

*Basanio.* No todo agravio provoca a tanta indignación desde luego.

*Shylok* ¿Consentirás que la serpiente te muerda dos veces?

*Antonio.* Mira que estás hablando con un judío. Más fácil te fuera arengar a las olas de la playa cuando más furiosas están, y conseguir que se calmen; o preguntar al lobo por qué devora a la oveja, y deja huérfano al cordero; o mandar callar a los robles de la selva, y conseguir que el viento no agite sus verdes ramas; en suma, mejor conseguirías cualquier imposible, que ablandar el durísimo corazón de este hebreo. No le ruegues más, no le importunes; haz que la ley se cumpla pronto, a su voluntad.

*Basanio.* En vez de los tres mil ducados toma seis.

*Shylock.* Aunque dividieras cada uno de ellos en seis, no lo aceptaría. Quiero que se cumpla el trato.

*Dux* ¿Y quién ha de tener compasión de ti, si no la tienes de nadie?

*Shylock* ¿Y qué he de temer, si a nadie hago daño? Tantos esclavos tenéis, que pueden servirlos como mulos, perros o asnos en los oficios más viles y groseros. Vuestros son; vuestro dinero os han costado. Si yo os dijera: dejadlos en libertad, casadlos con vuestras hijas, no les hagáis sudar bajo la carga, dadles camas tan nuevas como las vuestras y tan delicados manjares como los que vosotros coméis, ¿no me responderíais: «son nuestros»? Pues lo mismo os respondo yo. Esa libra de carne que pido es mía, y buen dinero me ha costado. Si no me la dais, maldigo de las leyes de Venecia, y pido justicia. ¿Me la dais? ¿sí o no?

*Dux.* Usando de la autoridad que tengo, podría suspender el consejo, si no esperase al Dr. Belario, famoso jurisconsulto de Pisa, a quien deseo oír en este negocio.

*Salarino.* Señor: fuera aguarda un criado que acaba de llegar de Padua con cartas del doctor.

*Dux.* Entregádmelas, y que pase el criado.

*Basanio* ¡Valor, Antonio! Te juro por mi nombre, que he de dar al judío toda mi carne, y mi sangre, y mis huesos, antes que consentir que vierta una sola gota de la sangre tuya.

*Antonio.* Soy como la res apartada en medio de un rebaño sano. La fruta podrida es siempre la primera que cae del árbol. Dejadla caer; tú, Basanio, sigue viviendo, y con eso pondrás un epitafio sobre mi sepulcro. *(Sale Nerissa, disfrada de pasante).*

*Dux* ¿Vienes de Padua? ¿Traes algún recado del Dr. Belario?

*Nerissa.* Vengo de Padua, señor. Belario os saluda. *(Le entrega la carta)*

*Basanio.* Shylock, ¿por qué afilas tanto tu cuchillo?

*Shylock.* Para cortar a Antonio la carne que me debe.

*Graciano.* Ningún metal, ni aun el hierro de la segur del verdugo, te iguala en dureza, maldito hebreo. ¿No habrá medio de amansarte?

*Shylock.* No, por cierto, aunque mucho aguces tu entendimiento.

*Graciano.* ¡Maldición sobre ti, infame perro! ¡Maldita sea la justicia que te deja vivir! Cuando te veo, casi doy asenso a la doctrina pitagórica que enseña la transmigración de las almas de los brutos a los hombres. Sin duda tu alma ha sido de algún lobo, inmolado por homicida, y que desde la horca fue volando a meterse en tu cuerpo, cuando aún estabas en las entrañas de tu infiel madre; porque tus instintos son rapaces, crueles y sanguinarios como los del lobo.

*Shylock.* Como no logres quitar el sello del contrato, nada conseguirás con tus destempladas voces sino ponerte ronco. Graciano, modera tus ímpetus y no pierdas la razón. Yo sólo pido justicia.

*Dux.* Belario en esta carta recomienda al Consejo un joven bachiller, buen letrado. ¿Dónde está?

*Nerissa.* Muy cerca de aquí, aguardando vuestra licencia para entrar.

*Dux.* Y se la doy de todo corazón. Vayan dos o tres a recibirle de la manera más respetuosa. Entre tanto, leamos de nuevo la carta de Belario: «Alteza: cuando recibí vuestra carta me hallaba gravemente enfermo, pero dio la casualidad de que, en el momento de llegar el mensajero, estaba conmigo un joven doctor de Padua llamado Baltasar. Le conté el pleito entre Antonio y el judío; repasamos pronto muchos libros; le dije mi parecer, que es el que os expondrá, rectificado por su inmenso saber, para el cual no hay elogio bastante. Él hará lo que deseáis. No os fijéis en lo mozo que es, ni creáis que por eso vale menos, pues nunca hubo en cuerpo tan juvenil tan maduro entendimiento. Recíbidle, pues, y más que mi recomendación, han de favorecerle sus propias acciones». Esto es lo que Belario dice. Aquí viene el Doctor, si no me equivoco. *(Sale Porcia, de abogado)*. Dadme la mano. ¿Venís por encargo de Belario?

*Porcia.* Sí, poderoso señor.

*Dux.* Bien venido seáis. Tomad asiento. ¿Estáis enterado de la cuestión que ha de sentenciar el tribunal?

*Porcia.* Perfectamente enterado. ¿Quiénes son el mercader y el judío?

*Dux.* Antonio y Shylock: acercaos.

*Porcia.* ¿Sois vos Shylock?

*Shylock.* Ese es mi nombre.

*Porcia.* Raro litigio tenéis: extraña es vuestra demanda, y no se os puede negar, conforme a las leyes de Venecia. Corre mucho peligro vuestra víctima. ¿No es verdad?

*Antonio.* Verdad es.

*Porcia.* ¿Confesáis haber hecho ese trato?

*Antonio.* Lo confieso.

*Porcia.* Entonces es necesario que el judío se compadezca de vos.

*Shylock.* ¿Y por qué? ¿Qué obligación tengo? Decídmelo.

*Porcia.* La clemencia no quiere fuerza: es como la plácida lluvia del cielo que cae sobre un campo y le fecunda; dos veces bendita porque consuela al que la da y al que la recibe. Ejerce su mayor poder entre los grandes; el signo de su autoridad en la tierra es el cetro, rayo de los monarcas. Pero aún vence al cetro la clemencia, que viva, como en su trono, en el alma de los reyes. La clemencia es atributo divino, y el poder humano se acerca al de Dios, cuando modera con la piedad la justicia. Hebreo, ya que pides no más que justicia, piensa que si sólo justicia hubiera, no se salvaría ninguno de nosotros. Todos los días, en la oración, pedimos clemencia, pero la misma oración nos enseña a perdonar como deseamos que nos perdonen. Te digo esto, sólo para moverte a compasión, porque como insistas en tu demanda, no habrá más remedio, con arreglo a las leyes de Venecia, que sentenciar el pleito en favor tuyo y contra Antonio.



*Shylock.* Yo cargo con la responsabilidad de mis actos. Pido que se ejecute la ley, y que se cumpla el contrato.

*Porcia* ¿No puede pagar en dinero?

*Basanio.* Yo le ofrezco en nombre suyo, y duplicaré la cantidad, y aun le pagaré diez veces, si es necesario, y daré en prenda las manos, la cabeza y hasta el corazón. Si esto no os parece bastante, será porque la malicia vence a la inocencia. Romped para este solo caso esa ley tan dura. Evitaréis un gran mal con uno pequeño, y contendréis la ferocidad de ese tigre.

*Porcia.* Imposible. Ninguno puede alterar las leyes. Venecia. Sería un ejemplar funesto, una causa de ruina para el Estado. No puede ser.

*Shylock* ¡Es un Daniel quien nos juzga! ¡Sabio y joven juez, bendito seas!

*Porcia.* Déjame examinar el contrato.

*Shylock.* Tómalo reverendísimo doctor.

*Porcia.* Shylock, te ofrecen tres veces el doble de esa cantidad.

*Shylock* ¡No! ¡No!: lo he jurado, y no quiero ser perjuro, aunque se empeñe toda Venecia.

*Porcia.* Ha espirado el plazo, y dentro de la ley puede el judío reclamar una libra de carne de su deudor. Ten piedad de él: recibe el triple, y déjame romper el contrato.

*Shylock.* Cuando en todas sus partes esté cumplido. Pareces juez íntegro; conoces la ley; has expuesto bien el caso; sólo te pido que con arreglo a esa ley, de la cual eres fiel intérprete, sentencies pronto. Te juro que no hay poder humano que me haga dudar ni vacilar un punto. Pido que se cumpla la escritura.

*Antonio.* Pido al tribunal que sentencie.

*Porcia.* Bueno: preparad el pecho a recibir la herida.

*Shylock* ¡Oh sabio y excelente juez!

*Porcia.* La ley no tiene duda ni admite excepción en cuanto a la pena.

*Shylock* ¡Cierto, cierto! ¡Oh docto y severísimo juez! ¡Cuánto más viejo eres en jurisprudencia que en años!

*Porcia.* Apercibid el pecho, Antonio.

*Shylock.* Sí, sí, ese es el contrato. ¿No es verdad, sabio juez? ¿No dice que ha de ser cerca del corazón?

*Porcia.* Verdad es. ¿Tenéis una balanza para pesar la carne?

*Shylock.* Aquí la tengo.

*Porcia.* Traed un cirujano que restañe las heridas, Shylock, porque corre peligro de desangrarse.

*Shylock* ¿Dice eso la escritura?

*Porcia.* No entra en el contrato, pero debéis hacerlo como obra de caridad.

*Shylock.* No lo veo aquí: la escritura no lo dice.

*Porcia* ¿Tenéis algo que alegar, Antonio?

*Antonio.* Casi nada. Dispuesto esto a todo y armado de valor. Dame la mano, Basanio. Adiós, amigo. No te duelas de que he perecido por salvarte. La fortuna se ha mostrado conmigo más clemente de lo que acostumbra. Suele dejar que el infeliz sobreviva a la pérdida de su fortuna y contemplar con torvos ojos su desdicha y pobreza, pero a mi me ha libertado de esa miseria. Saluda en mi nombre a tu honrada mujer; cuéntale mi muerte; dile cuánto os quise; sé fiel a mi memoria; y cuando ella haya oído toda la historia, podrá juzgar y sentenciar si fui o no buen amigo de Basanio. No me quejo del pago de la deuda: pronto la habré satisfecho toda, si la mano del judío no tiembla.

*Basanio.* Antonio, quiero más a mi mujer que a mi vida, pero no te amo a ti menos que a mi mujer y a mi alma y a cuanto existe, y juro que lo daría todo por salvarte.

*Porcia.* No te había de agradecer tu esposa tal juramento, si estuviera aquí.

*Graciano.* Ciertamente que adoro a mi esposa. ¡Ojalá que estuviese en el cielo para que intercediera con algún santo que calmase la ira de ese perro!

*Nerissa.* Gracias que no te oye tu mujer, porque con tales deseos no podría haber paz en vuestra casa.

*Shylock* ¡Qué cónyuges! ¡Y son cristianos! Tengo una hija, y preferiría que se casase con ella un hijo de Barrabás antes que un cristiano. Pero estamos perdiendo el tiempo. No os detengáis: prosiga la sentencia.

*Porcia.* Según la ley y la decisión del tribunal, te pertenece una libra de su carne.

*Shylock* ¡Oh juez doctísimo! ¿Has oído la sentencia, Antonio? Prepárate.

*Porcia.* Un momento no más. El contrato te otorga una libra de su carne, pero ni una gota de su sangre. Toma la carne que es lo que te pertenece; pero si derramas una gota de su sangre, tus bienes serán confiscados, conforme a la ley de Venecia.

*Graciano* ¿Lo has oído, Shylock?

*Shylock* ¡Oh juez recto y bueno! ¿Eso dice la ley?

*Porcia.* Tú mismo lo verás. Justicia pides, y la tendrás tan cumplida como desees.

*Graciano* ¡Oh juez íntegro y sapientísimo!

*Shylock.* Me conformo con la oferta del triple: poned en libertad al cristiano.

*Basanio.* Aquí está el dinero.

*Porcia* ¡Deteneos! Tendrá el hebreo completa justicia. Se cumplirá la escritura.

*Graciano* ¡Qué juez tan prudente y recto!

*Porcia*. Prepárate ya a cortar la carne, pero sin derramar la sangre, y ha de ser una libra, ni más ni menos. Si tomas más, aunque sea la vigésima parte de un adarme, o inclinas, por poco que sea, la balanza, perderás la vida y la hacienda.

*Graciano* ¡Es un Daniel, es un Daniel! Al fin te hemos cogido.

*Porcia* ¿Qué esperas? Cúmplase la escritura.

*Shylock*. Me iré si me dais el dinero.

*Basanio*. Aquí está.

*Porcia*. Cuando estabas en el tribunal, no quisiste aceptarlo. Ahora tiene que cumplirse la escritura.

*Graciano* ¡Es otro Daniel, otro Daniel! Frase tuya felicísima, *Shylock*.

*Shylock* ¿No me daréis ni el capital?

*Porcia*. Te daremos lo que te otorga el contrato. Cóbralo, si te atreves, judío.

*Shylock*. ¡Pues que se quede con todo, y el diablo le lleve! Adiós.

*Porcia*. Espera, judío. Aun así te alcanzan las leyes. Si algún extraño atenta por medios directos o indirectos contra la vida de un súbdito veneciano, éste tiene derecho a la mitad de los bienes del reo, y el Estado a la otra media. El Dux decidirá de su vida. Es así que tú directa e indirectamente has atentado contra la existencia de Antonio; luego la ley te coge de medio a medio. Póstrate a las plantas del Dux, y pídele perdón.

*Graciano*. Y suplícale que te conceda la merced de que te ahorques por tu mano; aunque estando confiscados tus bienes, no te habrá quedado con que comprar una cuerda, y tendrá que ahorcarte el pueblo a su costa.

*Dux*. Te concede la vida, *Shylock*, aun antes que me la pidas, para que veas cuánto nos diferenciamos de ti. En cuanto a tu hacienda, la mitad pertenece a Antonio y la otra mitad al Estado, pero quizá puedas condonarla mediante el pago de una multa.

*Porcia.* La parte del Estado, no la de Antonio.

*Shylock* ¿Y para qué quiero la vida? ¿Cómo he de vivir? Me dejáis la casa, quitándome los puntales que la sostienen.

*Porcia* ¿Qué puedes hacer por él, Antonio?

*Graciano.* Regálale una soga, y baste.

*Antonio.* Si el Dux y el tribunal le dispensan del pago de la mitad de su fortuna al Erario, yo le perdono la otra media, con dos condiciones: la primera, que abjure sus errores; la segunda, que por una escritura firmada en esta misma audiencia instituya herederos de todo a su hija y a su yerno Lorenzo.

*Dux.* Juro que así lo haré, o, si no, revocaré el poder que le he concedido.

*Porcia* ¿Aceptas, judío? ¿Estás satisfecho?

*Shylock.* Estoy satisfecho y acepto.

*Porcia.* Hágase, pues, la donación en forma.

*Shylock.* Yo me voy, si me lo permitís, porque estoy enfermo. Enviadme el acta, y yo la firmaré.

*Dux.* Vete, pero lo harás.

*Graciano.* Tendrás dos padrinos, cuando te bautices. Si yo fuera juez, habías de tener diez más, para que te llevasen a la horca y no al bautismo. *(Se va Shylock)*

*Dux (A Porcia).* Os convido con mi mesa.

*Porcia.* Perdone V. A., pero hoy mismo tengo que ir a Padua, y no me es lícito detenerme.

*Dux* ¡Lástima que os detengáis tan poco tiempo! Antonio, haz algún obsequio al forastero que, a mi entender, algo merece. *(Vase al Dux, y con él los Senadores)*

*Basanio.* Digno y noble caballero, gracias a vuestra agudeza y buen entendimiento, nos vemos hoy libres mi amigo y yo de una calami-

dad gravísima. En pago de tal servicio, os ofrecemos los 3.000 ducados que debíamos al judío.

*Antonio.* Y será eterno nuestro agradecimiento en obras y en palabras.

*Porcia.* Bastante paga es para mí el haberos salvado. Nunca fue el interés norte de mis acciones. Si alguna vez nos encontramos, reconocedme: no os pido más. Adiós.

*Basanio.* Yo no puedo menos de insistir, hidalgo. Admitid un presente, un recuerdo, no como paga. No rechacéis nuestras ofertas. Perdón.

*Porcia.* Necesario es que ceda. (A *Antonio*). Llevaré por memoria vuestros guantes. (A *Basanio*). Y en prenda de cariño vuestra sortija. No apartéis la mano: es un favor que no podéis negarme.

*Basanio* ¡Pero si esa sortija nada vale! Vergüenza tendría de dároslo.

*Porcia.* Por lo mismo la quiero, y nada más aceptaré. Tengo capricho de poseerla.

*Basanio.* Vale mucho más de lo que ha costado. Os daré otra sortija, la de más precio que haya en Venecia. Echaré público pregón para encontrarla. Pero ésta no puede ser... perdonadme.

*Porcia.* Sois largo en las promesas, caballero. Primero me enseñasteis a mendigar, y ahora me enseñáis cómo se responde a un mendigo.

*Basanio.* Es regalo de mi mujer ese anillo, y le hice juramento y voto formal de no darlo, perderlo ni venderlo.

*Porcia.* Pretexto fútil, que sirve a muchos para negar lo que se les pide. Aunque vuestra mujer fuera loca, me parece imposible que eternamente le durara el enojo por un anillo, mucho más sabiendo la ocasión de este regalo. Adiós. (Se van *Porcia* y *Nerissa*)

*Antonio.* *Basanio*, dale el anillo, que tanto como la promesa hecha a tu mujer valen mi amistad y el servicio que nos ha prestado.

*Basanio.* Corre, Graciano, alcánzale, dale esta sortija, y si puedes, llévale a casa de Antonio. No te detengas. (*Vase Graciano*). Dirijámonos hacia tu casa, y mañana al amanecer volaremos a Belmonte. En marcha, Antonio.

(...)

*Basanio.* Si amanecierais vos, cuando él se ausenta, sería de día aquí al mismo tiempo que en el hemisferio contrario.

*Porcia* ¡Dios nos ayude! ¡Bien venido seáis a esta casa, señor mío!

*Basanio.* Gracias, señora. Esa bienvenida dádsela a mi amigo. Éste es aquel Antonio a quien tanto debo.

*Porcia.* Grande debe ser la deuda, pues si no he entendido mal, por vos se vio en gran peligro.

*Antonio.* Por grande que fuera, está bien pagada.

*Porcia.* Con bien vengáis a nuestra casa. El agradecimiento se prueba con obras, no con palabras. Por eso no me detengo en discursos vanos.

*Graciano (A Nerissa).* Te juro por la luna, que no tienes razón y que me agravias. Ese anillo se lo di a un pasante de letrado. ¡Muerto le viera yo, si hubiera sabido que tanto lo sentirías, amor mío!

*Porcia* ¿Qué cuestión es esa?

*Graciano.* Todo es por un anillo, un mal anillo de oro que ella me dio, con sus letras grabadas que decían: «Nunca olvides mi amor».

*Nerissa.* No se trata del valor del anillo, ni de la inscripción, sino que cuando te lo di, me juraste conservarlo hasta tu muerte y llevarlo contigo al sepulcro. Y ya que no fuera por amor mío, a lo menos por los juramentos y ponderaciones que hiciste, debías haberlo guardado como un tesoro. Dices que lo diste al pasante de un letrado. Bien sabe Dios que a ese pasante nunca le saldrán las barbas.

*Graciano.* Sí que le saldrán, si llega a ser hombre y a tenerlas. Con esta mano se lo di. Era un rapazuelo, sin boto, tan bajo como tú,

pasante de un abogado, grande hablador. Me pidió el anillo en pago de un favor que me había hecho, y no supe negárselo.

*Porcia.* Pues hiciste muy mal (si he de decirte la verdad) en entregar tan pronto el primer regalo de tu esposa, que ella colocó en tu dedo con tantos juramentos y promesas. Yo di otro anillo a mi esposo, y le hice jurar que nunca lo perdería ni entregaría a nadie. Estoy segura que no lo hará ni por todo el oro del mundo. Graciano, mucha razón tiene tu mujer para estar enojada contigo. Yo me volvería loca.

*Basanio* ¿Qué podré hacer? ¿Cortarme la mano izquierda y decir que perdí el anillo defendiéndome?

*Graciano.* Pues también a mi amo Basanio le pidió su anillo el juez, y él se lo dio. Luego, el pasante, que nos había servido bien en su oficio, me pidió el mío, y yo no supe cómo negárselo, porque ni el señor ni el criado quisieron recibir más galardón que los dos anillos.

*Porcia* ¿Y tú qué anillo le diste, Basanio? Creo que no sería el que yo te entregué.

*Basanio.* Si yo tuviera malicia bastante para acrecentar mi pecado con la mentira, te lo negaría, Porcia. Pero ya ves, mi dedo está vacío. He perdido el anillo.

*Porcia.* No: lo que tienes vacía de verdad es el alma. Y juro a Dios que no he de ocupar tu lecho, hasta que me muestres el anillo.

*Nerissa.* Ni yo el de éste, hasta que me presente el suyo.

*Basanio.* Amada Porcia, si supieras a quién se lo di, y por qué, y con cuánto dolor de mi alma, y sólo porque no quiso recibir otra cosa que el anillo, tendrías lástima de mí.

*Porcia.* Y si tú supieras las virtudes de ese anillo, o el valor de quién te lo dio, o lo que te importaba conservarle, nunca le hubieras dado. ¿Por qué había de haber hombre tan loco, que defendiéndolo tú con alguna insistencia, se empeñara en arrebatarte un don tanpreciado? Bien dice Nerissa: ella está en lo cierto; sin duda diste el anillo a alguna dama.



*Basanio* ¡No, señora! lo juro por mi honor, por mi alma, se lo di a un doctor en derecho que no quería aceptar 3.000 ducados, y que me pidió el anillo. Se lo negué bien a pesar mío, porque se fue desairado el hombre que había salvado la vida de mi mejor amigo. ¿Y qué he de añadir, amada Porcia? Tuve que dárselo: la gratitud y la cortesía me mandaban hacerlo. Perdóname, señora; si tú misma hubieras estado allí (pongo por testigos a estos lucientes astros de la noche), me hubieras pedido el anillo para dárselo al juez.

*Porcia* ¡Nunca se acerque él a mi casa! Ya que tiene la prenda que yo más quería, y que me juraste por mi amor guardar eternamente, seré tan liberal como tú: no le negaré nada, ni siquiera mi persona ni tu lecho. De seguro que le conoceré. Ten cuidado de dormir todas las noches en casa, y de velar como Argos, porque si no, si me dejas sola, te prometo por mi honra (pues todavía la conservo) que he de dormir con ese abogado.

*Nerissa*. Y yo con el pasante. ¡Conque, ojo!

*Graciano*. Bueno, haz lo que quieras, pero si cojo al pasante, he de cortarle la pluma.

*Antonio*. Por mí son todas estas infaustas reyertas.

*Porcia*. No os alarméis, pues a pesar de todo, seréis bien recibido.

*Basanio*. Perdón, Porcia, si te he ofendido, y aquí, delante de estos amigos, te juro por la luz de esos divinos ojos en que me miro...

*Porcia* ¡Fijaos bien! Dice que se mira en sus ojos, que ve un Basanio en cada uno de ellos. Juras por la doblez de tu alma, y juras con verdad.

*Basanio* ¡Perdóname, por Dios! Te juro que en mi vida volveré a faltar a ninguna palabra que te dé.

*Antonio*. Una vez empeñé mi cuerpo en servicio suyo, y hubiera yo perdido la vida, a no ser por el ingenio de aquel hombre a quien vuestro marido galardonó con el anillo. Yo empeño de nuevo mi palabra de que Basanio no volverá a faltar a sus promesas, a lo menos a sabiendas.

*Porcia.* Está bien. Saldréis por fiador suyo. Dadle la joya, y pedidle que la tenga en más estima que la primera.

*Antonio.* Toma, Basanio, y jura que nunca dejarás este anillo.

*Basanio* ¡Dios santo! ¡El mismo que di al juez!

*Porcia.* Él me lo entregó. ¡Perdón, Basanio! Yo le concedí favores por ese anillo.

*Nerissa* ¡Perdón, Graciano! El rapazuelo del pasante me gozó ayer, en pago de este anillo.

*Graciano.* Esto es como allanar las sendas en verano. ¿Ya tenemos cuernos, sin merecerlos?

*Porcia.* No decís mal. Pero voy a sacaros de la duda. Leed esta carta cuando queráis. En ella veréis que el letrado fue Porcia y el pasante Nerissa. Lorenzo podrá dar testimonio de que apenas habíais pasado el umbral de esta casa, salí yo, y que he vuelto ahora mismo. Bien venido seas, Antonio. Tengo buenas nuevas para ti. Lee esta carta. Por ella sabrás que tres de tus barcos, cargados de mercaderías, han llegado a puerto seguro. No he de decirte por qué raros caminos ha llegado a mis manos esta carta.

*Antonio.* No sé qué decir.

*Basanio* ¿Tú, señora, fuiste el letrado, y yo no te conocía?

*Graciano* ¿Y tú, Nerissa, el pasante?

*Nerissa.* Sí, pero un pasante que no piensa engalanar tu frente, mientras fuere tu mujer.

*Basanio.* Amado doctor, partiréis mi lecho, y cuando yo falte de casa, podréis dormir con mi mujer.

*Antonio.* Bellísima dama, me habéis devuelto la salud y la fortuna. Esta carta me dice que mis bajeles han llegado a puerto de salvación.

*Porcia.* Y para ti, Lorenzo, también tiene alguna buena noticia mi pasante.

*Nerissa.* Y se la daré sin interés. Toma esta escritura. Por ella os hace donación el judío de toda su hacienda, para cuando él fallezca.

*Lorenzo.* Tus palabras, señora, son como el maná para los cansados israelitas.

*Porcia.* Ya despunta el alba, y estoy segura de que todavía no os satisface lo que acabo de deciros. Entrémonos en casa y os responderé a cuanto me preguntéis.

### **CUESTIONES DE RAZONAMIENTO:**

1. ¿Qué elementos podrían ser añadidos al contrato?
2. Lea el art. 1255 del Código Civil español vigente ¿Qué elementos del contrato quedan al albedrío del Shylock y del abogado? ¿Qué límites puede tener la voluntad de las partes?
3. Analice la equidad en la aplicación de la ley de Venecia por el Dux y por Antonio.
4. Respecto a la conclusión del caso, ¿cuál sería la deliberación y determinación de lo justo judicial para Shylock? Compare la ley de Venecia y el Código Penal español vigente, relativos a la integridad física, analizando los aspectos de la proporcionalidad de la pena.
5. Redacción de un contrato de préstamo de dinero.
6. Redacción de una sentencia judicial tomando el caso de incumplimiento del préstamo por incurrir en mora.

### **BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA:**

Código Civil Español

Código Penal Español

Colección de Sentencias del Tribunal Supremo Aranzadi

(Caso elaborado por la profesora Dra. Dña. Patricia Santos Rodríguez)